

Vidas de Spinoza

JEAN COLERUS – JEAN MAXIMILIEN LUCAS – PIERRE BAYLE

Traducción de Alan Pauls



EDICIONES
UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

ÍNDICE

Nota sobre la traducción, por Alan Pauls	9
<i>La vida de Baruch Spinoza</i> (1706), Jean Colerus	11
<i>La vida de Spinoza</i> (1735), Jean Maximilien Lucas	73
<i>Spinoza</i> (1696), Pierre Bayle	105
Observaciones del autor	118

NOTA SOBRE LA TRADUCCIÓN

Alan Pauls

Escritas y publicadas originalmente en francés, las tres biografías de Baruch Spinoza reunidas en este volumen proceden de dos fuentes distintas: las de Jean Colerus (1706) y Lucas (1735), de *Vies de Spinoza*, París, Éditions Allia, 2007; la de Pierre Bayle, de la tercera edición del *Dictionnaire historique et critique*, publicada en Rotterdam en 1715, cuya versión digitalizada aparece en el sitio web de la Bibliothèque Nationale de France (gallica.bnf.fr).

En los dos primeros casos, que responden a las convenciones clásicas del género biográfico, la traducción ha respetado el texto establecido por Allia, que ya incluía la modernización de la ortografía y la puntuación de los originales. En el segundo, dadas las características particulares del *Dictionnaire* de Bayle, que distribuye el artículo sobre Spinoza en tres planos (cuerpo principal y notas y una serie de comentarios o glosas más bien técnicas, en las que Bayle despliega pormenores bibliográficos y desarrolla *in extenso* argumentaciones y controversias filosófico-teológicas), se optó por restringir los comentarios a una dosis mínima, de manera de privilegiar en todo momento la dimensión específicamente biográfica del original.

La vida de Baruch de Spinoza
(1706)

JEAN COLERUS

Spinoza, ese filósofo cuyo nombre tanto ruido hace en el mundo, era de origen judío. Poco antes de nacer, sus padres lo llamaron Baruch, pero luego, al abandonar el judaísmo, él mismo se cambió el nombre y eligió el de Benedicto para sus escritos y las cartas que firmó. Nació en Amsterdam el 24 de noviembre del año 1632. No es cierto lo que se suele decir y aun escribir, que era pobre y de origen humilde: sus padres, judíos portugueses, gente honrada y acomodada, eran comerciantes en Amsterdam y residían en el Burgwal, en una casa bastante hermosa cerca de la sinagoga portuguesa. Sus modales, por lo demás civilizados y decentes, sus amigos y parientes, toda gente rica, y los bienes dejados por su padre y su madre dan fe de que su estirpe, así como su educación, estaban por encima del común. Samuel Carceris, judío portugués, se casó con la más joven de sus dos hermanas. La mayor se llamaba Rebecca; la menor, Miriam de Spinoza, cuyo hijo Daniel Carceris, sobrino de B. de Spinoza, se presentó en calidad de heredero tras su muerte. Así consta en un poder firmado por el notario Libertus Loef el 30 de marzo de 1677, en favor de Hendrick van der Spycck, en cuya casa se hospedaba Spinoza cuando murió.

Ya en la infancia, y aún más después, durante su juventud, Spinoza demostró que la naturaleza no le había sido ingrata. Era evidente que tenía una imaginación vivaz, y una inteligencia extremadamente activa y penetrante. Como tenía muchas ganas de aprender bien la lengua latina, se le asignó primero un maestro alemán. Luego, para perfeccionarse, recurrió al famoso Frans van den Ende, que entonces enseñaba latín en Amsterdam, donde al mismo tiempo ejercía la profesión de médico. Dado su éxito y su reputación como maestro, los comerciantes más ricos de la ciudad le confiaron la instrucción de sus hijos, hasta que se comprobó que lo que trasmitía a sus discípulos era algo más que el latín. Se descubrió que sembraba en el espíritu de esos jóvenes las primeras semillas del ateísmo. Es un hecho que podría probar, si hiciera falta, mediante el testimonio de diversas personas respetables que viven todavía, algunas de las cuales ocuparon el cargo de ancianos en nuestra comunidad de Amsterdam, donde se desempeñaron de manera edificante. Estas buenas almas no se cansan de agradecer a sus padres por haberlos arrancado a tiempo de la escuela de Satanás, arrebatándoselos a un maestro tan pernicioso y tan impío.

Van den Ende tenía una única hija que dominaba la lengua latina con tal perfección, al igual que la música, que instruía a los alumnos de su padre cuando este estaba ausente y les impartía la lección. Como Spinoza solía verla y hablarle muy a menudo, acabó enamorándose y, según

confesó, tuvo la intención de casarse con ella. No era de las más bellas ni de las mejor conformadas, pero tenía mucho espíritu, capacidad y entusiasmo, lo cual conmovió el corazón de Spinoza así como el de Kerkering, otro discípulo de Van den Ende, oriundo de Hamburgo. Este se dio cuenta enseguida de que tenía un rival y no tardó en sentir celos, obligándose a redoblar sus atenciones y asiduidades para con su querida. Y lo hizo con éxito, aunque sin duda un presente que le había hecho antes a la muchacha, un collar de perlas de doscientos o trescientos doblones, contribuyó a ganarse sus gracias. Ella se las concedió, pues, y le prometió casarse con él, lo que cumplió fielmente una vez que el señor Kerkering abjurara de la religión luterana que profesaba y abrazara la católica. Sobre este asunto se puede consultar el artículo sobre Spinoza del *Dictionnaire historique et critique* del señor Bayle, segunda edición, tomo 3, página 2770, así como el prólogo del tratado del doctor Kortholt *De tribus impostoribus*, segunda edición.

En cuanto a Van den Ende, como era demasiado conocido en Holanda para encontrar empleo, se vio obligado a buscarlo en otra parte y fue a Francia, donde, tras haber subsistido unos años con lo que ganaba como médico, tuvo un final muy desgraciado. Frans van Halma, en su traducción flamenca del artículo de Bayle sobre Spinoza, página 5, refiere que Van den Ende fue hallado culpable de atentar contra la vida del Delfín y condenado a la horca. Sin embargo, otros que lo conocieron en Francia aceptan la veracidad de la ejecución, aunque le atribuyen otra causa. Dicen que Van den Ende había intentado sublevar

a los pueblos de una de las provincias de Francia, que de ese modo esperaban recuperar sus antiguos privilegios, aunque él tenía sus propias razones: liberar a las Provincias Unidas de la opresión en la que se encontraban entonces, dándole suficiente trabajo al rey de Francia en su propio país para obligarlo a emplear en él una gran parte de sus fuerzas. Para facilitar la ejecución de esa empresa se hicieron equipar algunas embarcaciones, que sin embargo llegaron demasiado tarde. Como quiera que fuera, Van den Ende fue ejecutado. Pero si hubiera atentado contra la vida del Delfín, habría expiado su crimen de otro modo, a través de un suplicio más riguroso.

SPINOZA SE ABOCA A ESTUDIAR TEOLOGÍA Y

LA ABANDONA PARA ESTUDIAR FÍSICA EN PROFUNDIDAD

Tras haber aprendido bien la lengua latina, Spinoza se propuso estudiar teología, a lo que se abocó durante algunos años. Sin embargo, aunque ya gozaba de gran inteligencia y discernimiento, tanto una como el otro seguían fortaleciéndose cada día. De suerte que, reconociéndose con más disposición para investigar las cosas y las causas de la naturaleza, abandonó la teología para abocarse por entero a la física. Largamente deliberó cómo elegir un maestro cuyos escritos le sirvieran de guía en el propósito que perseguía. Finalmente las obras de Descartes cayeron en sus manos y las leyó con avidez. Más tarde solía declarar que fue allí donde había abrevado los conocimientos de filosofía que

poseía. Estaba encantado con la máxima de Descartes según la cual nunca hay que dar por verdadero nada que no haya sido probado con buenas y sólidas razones. De allí sacó la conclusión de que la doctrina y los principios ridículos de los rabinos judíos no eran admisibles para un hombre de buen juicio, puesto que solo reposan en la autoridad de los mismos rabinos, y nada de cuanto enseñan proviene de Dios, como pretenden sin fundamento alguno y sin la más mínima apariencia de razón.

A partir de entonces se mostró muy reservado con los maestros judíos, cuyo comercio evitaba en la medida de lo posible. Rara vez se lo veía en sus sinagogas, a las que solo iba porque no tenía más remedio, lo que los irritaba de manera extrema, pues no dudaban de que pronto los abandonaría y se haría cristiano. Sin embargo, a decir verdad, Spinoza nunca abrazó el cristianismo ni recibió el santo bautismo. Y aunque tras desertar del judaísmo tuvo frecuentes conversaciones con algunos sabios menonitas, así como con las personas más ilustradas de otras sectas cristianas, nunca se pronunció en favor de ninguna y jamás adhirió a alguna de ellas.

El señor Frans van Halma, en la *Vida de Spinoza* que tradujo al flamenco, refiere en las páginas 6, 7 y 8 que poco antes de desertar, los judíos ofrecieron a Spinoza una pensión para que se quedara con ellos y asistiera de tanto en tanto a la sinagoga. Eso es también lo que Spinoza solía contarle al señor Van der Spyck, su hospedero, y a otros, agregando que los rabinos habían fijado la pensión en mil florines. Pero luego aseguraba que, aun cuando le

hubieran ofrecido diez veces esa suma, no habría aceptado la oferta ni frecuentado sus reuniones por una sola y misma razón, porque no era hipócrita y solo buscaba la verdad. El señor Bayle cuenta, además, que un día, al salir del teatro, fue atacado por un judío y que recibió una cuchillada en el rostro. Y aunque la herida no resultó de peligro, Spinoza se dio cuenta de que la intención del judío había sido matarlo. Pero el hospedero de Spinoza, así como su mujer, que siguen con vida, me refirieron el hecho de otro modo. Lo supieron de boca del mismo Spinoza, que solía contarles que una noche, al salir de la vieja sinagoga portuguesa, vio a alguien acercarse puñal en mano, lo cual lo obligó a ponerse en guardia y apartarse, y de ese modo evitó el golpe, que solo hizo impacto en su ropa. Todavía conservaba la casaca rasgada en recuerdo del hecho. Sin embargo, como ya no se sentía seguro en Amsterdam, solo pensaba en retirarse a algún otro sitio a la primera ocasión. Pues, por otro lado, quería proseguir sus estudios y sus meditaciones sobre la naturaleza en algún retiro apacible y alejado del ruido.